GERÓNIMO MALDONADO, H.

¡PATRIA!



MARACAIBO
IMPRENTA AMERICANA
1909


LUX
LIBERTAS


¡PATRIA!

GERÓNIMO MALDONADO, h.

PATRIA!



MARACAIBO
IMPRENTA AMERICANA
1909

AL GOBIERNO Y AL PUEBLO

DE VENEZUELA

DEL MISMO AUTOR

Flores Tropicales.	1 vol.
Al Esfumino. (Cinco Perfiles)	1 id.
Episodios.	1 id.
¡ Patria !	1 id.

DE CIENCIAS :

Por el concepto profesional. (Discusión sobre una cuestión de cirujía) 1 opúsculo

En defensa de un tratamiento para la peste bubónica.

PARA PUBLICARSE :

Cuestión Social.

Stella Matutina. (Poema)

Americanas. (Bocetos históricos, acuarelas y fantasías)

Dos Temperamentos. (Semi-novela)

Discursos.

Angelina. (Novela)

AL SEÑOR

GRAL. JUAN VTE. GÓMEZ,

ENCARGADO DE LA PRESIDENCIA CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA.

CARACAS.

Al señor

Gral. Juan Vicente Gómez,

Encargado de la Presidencia Constitucional de la República.

Caracas.

COMPATRIOTA:

PEREGRINO por los campos del Ideal Republicano, he ido á todas partes buscándolo para mi Patria.

Mis pisadas se han sentido, junto con las de Ud. mismo, en la Política, en los Campamentos, y en las nobles y variadas actividades del simple ciudadano.

Y después de tocar en vano á todas las puertas, pordiosero de una limosna de Bién para mis compatriotas, he tenido que resignarme á pasar la noche en el rigor de la intemperie, entumecido, desnudo de aquel Bién, por almohada la dura piedra del Desengaño, sin un solo pedazo de Ilusión en mis alforjas, porque todas las puertas se han cerrado delante de mí, y todas las manos me han negado su apoyo.

Así como el extraviado del Desierto, que al fin de cada día, fatigado de cansancio, desfalleciente de hambre y sed, se resigna á pasar una nueva noche, interrogando el horizonte, apostrofando el Destino con la tristeza de sus miradas y el eco de sus quejas sin que le responda otro que el triste eco de la Inclemencia y del Silencio.

Aquí en estas páginas encontrará Ud. el eco de mis tristezas de venezolano, condensadas, cristalizadas en bloques de observación y de verdad.

Porque estas páginas son rudamente sentidas, y su lenguaje rudamente franco.

Ellas fueron escritas ahora 6 años, en días

terriblemente aciagos para el País, en esa misma época en que me separé de la política activa, convencido de que lo que habíamos ayudado á entronizar, tanto Ud. como yo, con toda nuestra buena fe, con todo nuestro entusiasmo, no era la Restauración del País sino su Ruina, su Caos.

Había permanecido con ellas en reserva porque hubiera sido un crimen de lesa Patria publicarlas durante dominaba la Tiranía, empeñada como ésta estuvo, hasta en su último momento, en asegurar ante propios y extraños que ella era la Felicidad del País, y que éste estaba encauzado yá por las verdaderas vías de su engrandecimiento, cuando lo cierto era que estaba desbarrancado en los zanjones de la Desvergüenza y la Miseria.

Hoy yá pueden ellas aparecer. Y las publico por dos motivos:

Primero — Porque las causas esenciales de nuestro malestar subsisten más amenazantes que nunca.

Segundo — Porque bajo el Gobierno de Ud., la Verdad puede de nuevo asomar su silueta, desterrada por tánto tiempo de nuestras playas.

¿Y sabe Ud. por qué subsisten aquellas causas? Sencillamente porque subsiste nuestro modo de ser íntimo. Porque ese modo no puede cambiarse de un día para otro ni es obra de un hombre el cambiarlo, sino de muchas épocas y de muchos hombres. Quiero decir que ese cambio no puede ser obrado sino por un trabajo pausado, lento, firme y constante de educación y de selección, y por el concurso de muchas voluntades fuertes, tenaces, decididas, vigorosa é inquebrantablemente enderezadas al Bién.

¿Y sabe Ud. por qué esas causas son hoy más amenezantes que nunca? Porque el País está sobre un hervidero de aspiraciones encontradas, muy diversas, muy opuestas, muy tirantes; y esas aspiraciones así, en individuos que en un siglo han probado ser ineducados, inadecuados, incapaces para el orden, para la cordura, huérfanos de criterio, pueden soliviantarse de un momento á otro, por la misma vivacidad del temperamento, de la índole, y una vez en ese camino, nuestra nacionalidad finalizará....

Le ha tocado á Ud., pues, ir á la Presi-

dencia de la República, en el momento más delicado de su vida de Nación. En el instante en que ella tiene más fuerzas dispuestas, bien al Mál ó al Bién, según se las dirija en un momento dado. En el momento en que es tánto lo que se pide y se quiere, que si se atropella no se sabrá al fin á quién satisfacer, y en vez de harmonía resultará el desorden.

El País está hoy con Ud. como el extraviado, que perdida toda esperanza, ve de pronto un ente humano, y en el momento de la alegría se le agarra y lo quiere extrangular.

Como el moribundo de sed, que de improviso ve una fuente y va hacia ella para secarla de un sorbo.

Al País puede sucederle, que si no hace un esfuêrzo de sagacidad y de cordura, pierda su esperanza matándola de alegre.

Ó que, si no tiene bastante voluntad, se beba toda la fuente y le haga daño.

Afortunadamente Ud. tiene un fondo de honradez nato; honradez que Ud. ha hecho manifiesta desde que constituyó su Gobierno.

Y esa honradez que Ud. ha puesto al servicio del País tan noblemente, tan gallarda-

mente, es la que me anima para esta publicación.

Ud. ha dirigido la revolución más decorosa, civilizada y cristiana que haya tenido Venezuela. Ud. está en camino de ayudar eficazmente al país para su salvación.

Este libro representa también para Venezuela una revolución: revolución social, puesto que tiende á moldear en otros moldes nuestros núcleos sociales.

Á nadie, pues, mejor que á Ud., y en Ud. al pueblo de Venezuela, puedo dedicarlo.

Ojalá vean Ud. y mis compatriotas en él la buena intención que me anima. Ese sería mi mayor galardón.

Y ojalá lo acepten con la misma ingenuidad con que se lo dedico.

Su compatriota y amigo.

GERÓNIMO MALDONADO, H.

ISAGOGE

ISAGOGE

La Patria no es simplemente el pedazo de tierra en donde hemos nacido, separado de los demás por linderos geográficos ó por puntos convenidos por los hombres.

La Patria para el hombre civilizado significa algo más alto, muchísimo más trascendental, más amplio y más grandioso.

Para el individuo que conoce sus deberes, además del girón geográfico, Patria resume un conjunto de circunstancias morales y materiales, de propósitos y de ideas, á las cuales tiene

perentorio compromiso de dedicar afanes y luces, pensamientos y esfuerzos, desde que empiece á ser tomado en cuenta socialmente por el uso de su razón, como persona útil y capaz.

Esto se palpa porque desde que el hombre empieza á ejercitar sus facultades, tiende de hecho por sí mismo, sin que fuerza mayor se lo imponga ni estudio alguno se lo indique, á cumplir natural y paulatinamente las obligaciones aquellas que, por el solo acto de nacer, tiene contraídas con el grupo humano en donde se mueve, como que es hijo suyo, y como que en adelante, por la emancipación de la edad, ha de ser compañero y director.

De modo que personificando la idea de Patria, y sintetizándola para fincar mejor nuestro raciocinio, en la sucesiva evolución del individuo, la Patria viene á ser para él, Madre, Ideal y Legataria.

MADRE, porque de ella sale al mundo; porque cuando niño, ella lo envuelve en la exquisita ternura de sus bellezas inefables; porque al influjo de sus latitudes, de sus zonas y como

parto de su raza, le crea la propiedad para la satisfacción de sus necesidades, modélale el organismo é imprímele fisonomía á su carácter y á su voluntad; porque al recuento de sus luchas, de sus éxitos y sus desgracias, de sus amarguras y de sus goces, que son las enseñanzas de su Historia, le da temple á su alma y le pone antorcha inextinguible en el fondo de su corazón; y porque cuando muere, cuando le llega el día de pagar el último tributo de la vida, que es el tributo de sus propios despojos, ella le abre su seno generoso para que vaya á descansar en él de sus fatigas.

IDEAL, porque desde que el individuo empieza á tener conciencia de la posesión de estos sentimientos, y á formar criterio de lo que es y de lo que vale, aparécesele ella como aspiración suprema en el confín lejano, pidiéndole las primicias de sus esfuerzos virgíneos, en cambio de un rayo de su gloria. Y es para ella para quien el poeta funde y da temple de harmoniosa sonoridad al extraño metal de sus cantares; á ella á quien el sabio consagra el fruto de sus in-

mortales meditaciones; para quien el artista realiza en bloques y en lienzos la fascinación de sus pensamientos; para quien el trabajador cristaliza en riqueza pública el sudor de su frente, y el guerrero ciñe el famoso talabarte, para irse sublimado de heroísmo, á purpurar con su sangre los campos del honor.

Y LEGATARIA, porque es á ella á quien se deja, como amadísimas reliquias, para que los cuide y le sirvan, los que son hijos del corazón, pedazos santos; porque es á ella á quien se deja, como herencia de orgullo y de esplendor, todo lo que es flor del esfuerzo y fruto del trabajo, para que le sirva de atavío y de regla en las duras faenas del futuro; y porque es á ella á quien se deja para que sirvan de admiración y ejemplo, y les dé tipo de eternidad, los que son hijos del cerebro, creaciones intocables.

Es, pues, la Patria, en el sentido más elevado, el ideal sacrosanto que, como símbolo glorioso, adoramos por siempre en el altar de nuestro amor: porque ella es el suelo que nos

dio la vida; porque en ella está el hogar que nos dignifica; porque en ella está sembrada la propiedad que nos ennoblece.

¡ Buena Patria ésa que se encierra en estos ó aquellos ríos, entre estas ó aquellas cordilleras !

¡No! Esa no es la Patria.

Es una parte, pero no es toda. Si fuera ella éso únicamente, no valdría la pena de un solo sacrificio, porque la tierra es común al brazo en todas las latitudes del mundo.

La Patria es cada uno de nuestros conciudadanos y la masa colectiva.

Un compatriota en el extranjero es la Patria.

La gloria de un conciudadano es la Patria.

El triunfo ó el vencimiento de nuestra colectividad es la Patria, vencida ó victoriosa.

Una onda de nuestros mares, una catástrofe entre las nuéstras, la bandera, la lengua, un libro, un bloque salido al calor de los nuéstros: hé ahí la Patria.

Quien no la considere así, no sabe lo que es ella.

Quien no la ame así, no será buen hijo suyo.

Podráse, so pretexto de salvarla, empobrecerla, por enriquecerse á sí mismo; desolarla, por darse propia notoriedad; ensangrentarla y comprometerla, por saciar personales ambiciones: pero nó amarla, que es lo que el Deber pide y la Moral ordena.

Para amarla como á ella cumple; para enaltecerla como ella se lo merece; para hacerla querida y respetada como es compromiso de los suyos, no hay más caminos que propender á su tranquilidad y á su reposo por medio de la Paz, y enriquecerla dándole brillo, prosperidad y méritos por medio del Trabajo.



PAZ

PAZ

Un celebrado escritor ha dicho, que el estado natural del hombre es la guerra.

¡Mentira! Si nadie, hasta hoy, se ha atrevido á negar esa sentencia maldita, yo la niego.

La guerra es siempre un crimen, ó depende siempre de la consumación de un crimen.

La guerra internacional resulta de un acto criminoso que una nación quiere llevar á cabo en otra.

La guerra civil la hace el Magistrado, fomentándola con la consumación de atentados

cometidos contra el pueblo. También la hacen los malos hijos de un País en aras de sus locas ambiciones.

En las guerras de familia habrá siempre un crimen de por medio, porque sólo un crimen es capaz de hacer degollar hermanos por hermanos.

La guerra de conquista se hace por un ideal; pero siempre envuelve trasgresiones de derecho y actos antihumanos que hacen pensar, en el pueblo oprimido, en un no lejano día de reparación y de venganza.

Siendo esto así, como lo es, vendría á resultar que el crimen es el estado natural del hombre, y eso no es, no puede ser verdad.

La moral universal protesta contra ello.

Vivir en el crimen sería vivir en el caos, y el Universo no es el caos: el Universo es luz, harmonía, fijeza eterna é invariable.

En donde hay leyes que se cumplen en todos los tiempos y momentos, la regularidad existe y el orden impera; y en donde hay regularidad y orden, el crimen es un personaje exótico.

En verdad que se cometen crímenes aun en medio de ese orden y de esa regularidad; pero como hechos aislados, y su realización arma siempre un escándalo, que no es sino la protesta de la verdad contra el error.

Esto, refiriéndome al universo físico, que en cuanto á la íntima constitución del hombre, pasa otro tanto.

El hombre está naturalmente formado para el bién. Sus facultades, hermosas y magnas, tienden de continuo á la virtud.

De otro modo el bandido no sería señalado como un sér enfermo, como un sér extraño merecedor de penas y castigos, sino como un elemento legal y necesario.

¡ Qué gran doctrina ésa, que hace de un medio harmónico, uniforme y regalado, mansión de individuos condenados á ser eternamente foragidos y malhechores !

Al escritor referido le hubiera valido más decir que el estado natural del hombre es la lucha.

Así habría dicho bien y habría escrito un principio incontrovertible.

Entiendo por lucha el conjunto de esfuerzos humanos y pacíficos que el hombre realiza diariamente para vencer las dificultades de la vida y procurarse tranquilidad y bienestar.

Definida así la lucha, ése sí es el estado natural del hombre.

Se lucha por no quedarse estacionario, por ir adelante conquistando méritos.

Y es que la lucha es una fuerza que estableciendo equilibrio, distancia entre sí las diferentes colectividades sociales, manteniéndolas en su verdadero límite, en su legítima esfera de acción.

Hay ocasiones en que un individuo de una agrupación inferior, por una labor meritoria, adquiere derecho perfecto para ocupar un puésto entre los núcleos superiores. Ese individuo ha hecho una victoria social que todos le reconocen; y en virtud de ese reconocimiento, para que el equilibrio continúe y no se haga el fenómeno, que sería el desequilibrio, todos le dan su puésto *motu propio*. Tal es la lucha.

Pero hay veces que ese individuo inferior, sin mérito alguno, toma por sorpresa, *per saltum*, diré, una posición superior, que no es la que en verdad y justicia le pertenece. Entonces se ve romper el equilibrio social, establecerse entre asaltados y asaltante un choque más ó menos rápido, más ó menos prolongado, más ó menos sangriento, según la tenacidad y la violencia de que sea capaz el usurpador; y sucede entonces que éste, vencido al cabo, pero costando víctimas siempre, queda á la vera del camino, relegado al puésto que una ley de gravitación universal le señala, mientras que en el todo se establece nuevamente el equilibrio y continúa la uniformidad. Tal es la guerra.

Entendidos así los términos, hay que convenir en que la Guerra es el quebrantamiento de una ley, mientras que la Lucha es su cumplimiento.

La Guerra es el desorden; la Lucha, el equilibrio.

La Guerra es la muerte; la Lucha es la vi-

da, como que es factora de paz, alma de mejoramiento y fuente de prosperidad.

Por eso las naciones que han hecho de la Guerra su estado natural, han vegetado como las víboras, comiéndose sus propias entrañas, alimentándose de crímenes, y han ido al exterminio.

No hay ejemplo de nación antigua ni moderna que haya prosperado por medio de la guerra: todas las que en ella han vivido no existen sino en retazos.

Sólo España se conserva, pero en un agotamiento lastimoso. En la Edad Media tuvo una reacción, pero como la del enfermo de mál incurable, que tiene una hora lúcida para caer en seguidas en una postración mayor.

¿ Pero para qué buscar ejemplos en la Historia ? ¿ No lo somos nosotros mismos ? Nuestra Guayana en dónde está ? ¿ Acaso es nuestro todo lo que teníamos en vegas del Orinoco y en sabanas del Arauca ? ¿ Nuestra debilidad física no nos ha traído la debilidad en nuestro derecho ?

¿Y ello por qué? ¡Todo por la Guerra!

Porque la Guerra no civiliza, sino que salvajiza y embrutece; porque la Guerra es la encarnación del egoísmo, la madre de la crueldad, la creadora del embrutecimiento individual, la refinadora de los instintos perversos, y termina por yermarlo todo como el *simoun* del desierto.

Desde la actividad intelectual hasta la del brazo, todo concluye por ella; como esteriliza los campos, paraliza la intelectualidad; como envilece la razón, prostituye la obra del Trabajo.

¡Jóvenes de mi Patria! Para vosotros escribo estas líneas. Para vosotros, que tenéis como encargo la reacción del Porvenir, y que habéis crecido sintiendo en el alma, junto con la nostalgia de un bién que no os llega nunca, la tristeza infinita de la desolación del País.

Convenceos de que esta nacionalidad no podrá salvarse sino por el esfuerzo decidido y meritorio de todos sus hijos!

Así como, hasta hoy, habéis tenido la gue-

rra por sistema para llegar á este despeñadero en donde estáis, amad por sistema la Paz para reivindicaros.

Tened lástima de vosotros mismos.

La Patria termina.

Esta no es una jeremíada cualquiera, sino un hecho que se realiza con espantosa rapidez. El que lo niegue, ó es un niño ó es un farsante.

En Venezuela no quedan yá sino dos ó tres poblaciones que puedan llamarse ciudades. Todo lo demás es un escombro, una inmensa ruina causada por la Guerra.

Mueve á lástima ver campos y poblados, antes emporios de riquezas, centros de civilización, convertidos en yermos, en sepulcros de vivos, en hospicios de viudas, huérfanos y limosneros.

Viajad por el Interior y lo veréis: la casa que cae nadie la levanta, la vida que se va no se restituye, el trabajador que queda mutilado se agota en el desamparo y la miseria, y el que sobra á los horrores de nuestra diaria carnicería, ó se convierte en vago, ó se resigna á ve-

getar tristemente en su conuco, sin atreverse á emprender nada, esperando resuene otra vez por los ámbitos el maldecido grito de ¡ guerra !

En las poblaciones yá no hay vida; y en los campos yá no alegra la agreste cantinela del trabajador que rompe con la azada los senos de la tierra!

¡ Ese es el cuadro que se presentará monótonamente á vuestros ojos pidiendo consuelo, implorando compasión, suplicando justicia !

¡Cuadro de sombras y de lágrimas, de humillación y de miseria, de horror y de vergüenza!

Y después de pasear la vista por él, ¿decidme si es justo que se continúe sacrificando así el Porvenir de la Nación; si es humano que hombres que no se conocen ni se sospechan siquiera, pero que son hermanos en la Patria, sigan destruyéndose sin ningún motivo digno, sin ninguna aspiración consciente; si es cristiano que se continúe echando en el foso del

vicio, de la miseria y de la muerte, tántas energías, tántas riquezas y tántas vidas?

Y puesto que ello no es justo, ni humano, ni cristiano; y puesto que tenemos al cuello la soga de los irredentos, porque nuestra existencia nacional agoniza sin cuestión, no mañana sino hoy mismo, hagamos todos acto de presencia ante el gran conflicto y vamos á salvarnos digna y resueltamente.

Para ello el primer paso ha de ser la Paz, que es pan de vida.

La Paz á todo trance y á cualquier precio.

Porque la Paz trae sosiego.

Porque la Paz da descanso moral.

Porque la Paz calma los ánimos, suaviza las costumbres y enfrena las pasiones.

Porque la Paz civiliza y regenera, trayendo nuevas sangre y energías al elemento social, que es como se purifican los pueblos.

Porque la Paz educa.

Porque la Paz instruye.

Porque la Paz moraliza.

Porque la Paz redime.

Porque la Paz salva, en fin, fertilizando todos los campos de la actividad humana, sobre todo el del Trabajo, fragua de esfuerzos en donde se modelan los grandes caracteres nacionales.



TRABAJO

TRABAJO

Si la Paz es el primer factor de la felicidad popular, el segundo es el *Trabajo*; mejor dicho, la Paz es fecunda porque desarrolla trabajo como consecuencia obligada.

Son dos fuerzas hermanizadas y complementarias. La Paz prepara el terreno y el Trabajo lo hace producir. De aquí que para que la Paz sea estable y sana, necesita que los pueblos la aprovechen trabajando.

Tan unidos están entre sí Paz y Trabajo, que el desamor á éste es la principal causa,

entre las predisponentes y determinantes, de la constante perturbación de aquélla.

El pueblo que no trabaja se convierte en pueblo de vagos, y los vagos son el primer elemento de las guerras sistemáticas.

Porque el hombre que no trabaja, que ha perdido el hábito de ganar su sustento en una ocupación virtuosa y honesta, quiere sufragarla por medio del crimen. En donde la guerra no cunde porque la mayoría sabe respetar las leyes y conoce sus deberes, esos vagos, que son bien pocos, ocurren al robo, al asesinato de encrucijada; pero en donde esos vagos son la mayoría, como entre nosotros, no necesitan transitar por las veredas del crimen personal, sino que se *van al monte* en són de guerra, porque saben que de allá regresarán como de piscina probática, cargados de botín, con títulos y agasajos, amnistiados y atendidos.

De donde viene que un pueblo que tal existencia lleva no puede tener propiedad, que es el galardón del Trabajo, porque está expuesta á ser aniquilada, de un momento á otro, por

éstos heraldos de la destrucción, que antes que cadenas en los pies llevan libreas y condecoraciones.

Hay más: quien así vive, persona ó pueblo, degenera intelectual y materialmente: de pensador pasa á cretino; de fuerte, á débil; de rico, á pobre.

No piensa, porque no tiene estímulo; no se desarrolla, porque no tiene tiempo; ni se enriquece, porque su obra es de exterminio y destrucción.

Y cuando un pueblo llega á esas condiciones está convertido en una manada de siervos, porque la base de la independencia es la riqueza.

Un pueblo no es grande solamente porque tenga muchos sabios, muchos artistas, sino principalmente por el dinero que maneje ó el crédito de que goce.

Mucho menos puede ser independiente si no es rico, porque la independencia es el dón de no ser tributario de nadie, y ésto no lo pueden dar ni las Leyes ni las Constituciones, sino el Capital.

De modo que la independencia de una Nación está en razón directa con su riqueza.

Y para ser rica necesita á un tiempo mismo ser pensadora y amar la propiedad: ¡ser trabajadora!

Porque trabajo es la obra del cerebro y la obra del brazo.

De modo que cuando en el raciosinio y en el pensamiento de un pueblo entra como idea predominante la de ir á la guerra, porque le es más fácil comer carne tomada del hato ajeno, por la fuerza, sin responsablidad corporal efectiva, que comerla ganada con el sudor de su frente, va á la barbarie si no está en élla: ó hablando más gráficamente, está perdido.

Y como escribo para Venezuela, en fuerza de la lógica de los hechos, que es más contundente que la lógica del discurso, hai que declarar que Venezuela es un país que expira.

Está divorciado con el futuro porque no lo ve, y es posible que no lo alcance. Yá no se está al borde del abismo, como hiperbólicamente se ha venido diciendo, se está en el fondo.

¿ Exagero ?

Véase : yá he dicho que la grandeza de una Nación se mide por su riqueza : ahora, para que una Nación *pueda vivir*, necesita, por lo menos, que produzca lo que consume, con esto no pasará de ser pobre y pequeña, pero, en fin, *vive*.

Pues bien : Venezuela no está ni siquiera en esas condiciones, porque su consumo excede en mucho á su producción. Su equilibrio económico viene roto hace tiempo.

Venezuela no produce ni para sus necesidades internas, quiero decir, ni los elementos de boca para sus hijos.

Pruébalo así, que debiendo ser un País productor por antonomasia de los frutos predilectos de sus zonas, pues que las tiene fertilísimas y abundantes para sostener una población doce veces mayor, los importa con vergüenza de nuestra condición de Nación.

Aquí vienen del extranjero la harina y el arroz, los garbanzos, las papas, el maíz, las caraotas, el tabaco y la manteca, amén de otros

menesteres que por menos resaltantes y por propio decoro me abstengo de apuntar.

¡ Si sólo falta introducir carne y café, plátanos y cacao !

¡ Tributaria condición á que ha llegado por lo vicioso de su vida, cancerada por la guerra, y hecha paupérrima por la ausencia completa de trabajo !

El criador no se atreve á fomentar sus dehesas, porque teme que el día menos pensado una horda guerrera pase y se las arrebate.

El agricultor no piensa en darles ensanche á sus trabajos, porque para éllo necesita brazos, y sabe que éstos le serán segados en la primera recluta.

Como no hai Agricultura, no hai Comercio: apenas si existen cuatro casas fuertes en el País, y ello con créditos limitados, porque la incertidumbre en que se vive alimenta la desconfianza y ésta paraliza las transacciones.

No hai industrias, artes ni ciencias, porque lo que nutre estas actividades es la Paz por

el estímulo de la Gloria, y aquí no hai tiempo sino para pelear.

Sus periodistas y pensadores no existen ó no se ven; y cuando mucho si se alcanza una que otra promesa silenciosa.

Pensárase que ya que la Guerra ha venido á ser para la Nación su pan de cada día, el militarismo sería una carrera de honor y de aptitudes; pero muy al contrario, es la más desmoralizada de todas. Sus ejércitos están compuestos de mercenarios, soldados y oficiales que se ofrecen en venta, con raras y justas excepciones. Y que cuando son dados de baja en un bando, en vez de irse á las ocupaciones ciudadanas, se van al otro á buscar su ración de ordenanza ó de pillaje. En sus calles, como en las de Cartago, pululan estos infelices, arrancados al hogar y á la labranza, y perdidos sus hábitos de trabajo, pregonando sus títulos y ofreciendo sus brazos para la diaria matanza, como el carnero el cuello al cuchillo que lo degüella.

Y como la Milicia, la Política.

¡ Así está el País !

Pues bien : una familia que no trabaja, que vive sin producir, agotará sus recursos, por grandes que ellos sean, y terminará por llegar á los hospitales de caridad á pedir campo y sustento, ó se disgregará buscándolo de puerta en puerta.

Así mismo las Naciones cuyos hijos no trabajan : se adeudan primero, pierden su crédito después, y por último hacen el sacrificio de su independencia echándose en brazos del Protectorado, que, como dije en otra ocasión, es el hospicio en donde van á arrinconarse las Naciones que han perdido su categoría de tales.

¡ Y para allá va Venezuela !

Aquí, con la pobreza individual, se ha perdido la independencia individual también.

Los campos son rebaños feudatarios.

Las poblaciones son circos de esclavos, á quienes no les falta sino la marca de sus propietarios.

No habiendo riquezas individuales no exis-

te la riqueza pública ó nacional, pues ésta es el conjunto de aquéllas.

De consiguiente, Venezuela en cierto modo ha perdido yá su independencia, tributaria como es, en grande escala, de Naciones á quienes no puede pagar, y quienes, cuando quieren, la someten á los sonrojos y humillaciones de los deudores tramposos.

¡ Quien debe y no puede pagar en un momento dado, no es dueño de lo que tiene ni de sí mismo !

Sáquese entonces la consecuencia.

Lo que importa es no seguir ilusionándose con vanas é insulsas palabrerías, sino antes bien, proponerse todos hacer alto en este Calvario de vergüenzas que se lleva, y por medio de una resolución heroica de ciudadanos y Magistrados, domeñar todos estos vicios y marchar resueltamente al camino de la dignidad y del honor.

CIUDADANO

CIUDADANO

EL primer empuje en éste sentido á quien toca darlo es á los ciudadanos, en harmonía y con el apoyo decidido de sus Gobiernos. Es decir, en una mutua colaboración en que aparezca la iniciativa ciudadana bien vista y atendida por sus representantes.

La falta de educación en nuestras masas, la falta de unidad de raza en nuestro pueblo, que prohibe la unidad de acción, ha hecho que en Venezuela se confundan lamentablemente las esferas en que deben agitarse éllas y sus Gobiernos.

Nuestras masas lo piden todo del Gobierno sin ofrecerle nada que éntre como factor de creación; y los Gobiernos, por su parte, lo dejan todo á las masas sin que se les ocurra ni dirigirlas ni apoyarlas; ésto, cuando no las cohiben y las tuercen en sus promesas de actividad iniciativa.

Por parte de las primeras se pide á los Gobiernos, creación de industrias, orden, regularidad, independencia; y como éllos no pueden hacer éso, porque no está ni en sus facultades ni en sus medios, éllas se van á la guerra; por parte de éllos, han adolecido de un profundo desprecio para esas masas, é hiriéndolas hondamente en sus cimientos, en su hogar y en su propiedad, las han lanzado á la guerra de continuo.

Y viviendo en este círculo vicioso, pueblo y magistrados, han hecho del País un recostadero de salvajes, un hervidero de malos hábitos, que lo llevará sin duda á la disolución completa.

En cuanto á las primeras, han de saber

que las industrias madres y las consecuenciales, son obra del instinto de conservación y perfeccionamiento de éllas mismas, y que á éllas toca crearlas.

Qué el orden y la regularidad son esfuerzos evolutivos de los pueblos, y que á éllos toca implantarlos.

Qué la independencia no se pide ni se quita, ni se da, sino que se conquista por medio del trabajo, que produciendo riqueza y holgura personal, produce ese dón inapreciable.

En cuanto á los segundos, deben tener en cuenta, que si de ningún modo pueden éllos arrancar de las masas ni crear en éllas el esfuerzo inicial, es obligación suya y obligación ineludible, ampararlo, protegerlo, garantirlo, estimularlo para su desarrollo, y robustecerlo para que lleve marcha de triunfo en el camino del Progreso.

En todo tiempo los ciudadanos dan la norma y el Gobierno la sigue.

Porque sólo los pueblos fundan.

Porque las naciones se engrandecen por la

iniciativa de sus hijos, acatada y dirigida por sus Gobiernos.

Las multitudes se escinden en partes asociadas, para ir cada grupo por un camino determinado y distinto á la consecución de su ideal, y los Gobiernos les abren campo y las cubren de respeto.

Si no fuera así; si los Gobiernos tuvieran que emprender ó crear acciones de la colectividad, tendrían que ser á un mismo tiempo agricultores, comerciantes, artistas, etcétera; y como para toda esta vasta variedad de actividades necesitarían dinero, dinero y más dinero, que es con lo único que éllos pueden hacer las cosas; y como ése elemento sólo les llega por las contribuciones públicas, vendríase á ver que no habría capital en el mundo suficiente para éllo, porque no habría pueblo capaz de soportar la enorme carga de impuestos que sobre él gravitaría.

Esto es lo que no quieren entender ni el pueblo ni el Gobierno.

Y ése es el gran error en que vivimos.

Y ese error, la causa de que tratemos de buscarles á todos nuestros males solución por medio de la guerra, ¡como si ésta no fuese un paso atrás en el camino del perfeccionamiento humano!

Pretendemos marchar adelante, y caminamos de espaldas, como si nos aterrase la visión del Porvenir.

Pero todo éllo sin culpa nuéstra; pues que nosotros no somos sino hijos defectuosos de una madre que nos legó la anomalía de su raza, la corrupción de sus hábitos, la dureza de sus procedimientos y la torcedura de sus inclinaciones, junto con el quijotismo desequilibrado de un ideal carnavalesco, basado en frases y quebrantado por los hechos.

España no pudo darnos sino la confusión híbrida de su sangre, ese grave mál de que adolece y que la hace aparecer como un pueblo único en el universo, porque al fin y al cabo nadie puede decir si es fenicia ó griega, romana, goda ó morisca, sino un conjunto sin equilibrio de despojos de todos

esos pueblos; y junto con esa sangre nos dió también la singularidad de su carácter mitad impetuoso mitad bufón, y sus defectos de adaptación á la existencia regulada que nos hace ser valientes para esperar una bala, pero sin ninguna entereza civil, que es la virtud de los pueblos nobles, que teniendo unidad étnica tienen unidad de pensamiento, razón por la cual vivimos en dos extremos igualmente peligrosos, igualmente sombríos é igualmente ineptos para prosperar: el despotismo cuando estamos arriba, y la servidumbre cuando estamos abajo.

Y no se aleguen en contra de esta teoría los ejemplos contrarios que hoy ofrecen Méjico, Chile, la Argentina, y demás repúblicas del Plata, y desde hace poco Perú y Bolivia.

Porque ahí está la Historia que dice pavorosamente cómo en lo que fue la gran Colombia, y con especialidad en Venezuela, los conquistadores destruyeron de cuajo la raza indígena.

Y ahí están la Antropología y la Sociolo-

gía, para que digan cómo ese hecho, en el cual no ha parado mientes todavía ningún pensador, ha influído en nuestro modo de ser, y en el proceso evolutivo de aquellos otros países, en donde esa raza se conservó.

Yo quiero que se diga ¡cuánta diferencia de educación hubo de haber para la época de la independencia, en países gobernados por virreyes y en los gobernados por simples mayordomos!

Yo quiero que se diga ¡cuál producto habrá de ser mejor, si el de unos pocos españoles mezclados con una raza densa y yá bastante adelantada, y el de unos presidiarios españoles con un montón de negros traídos de África!

Y hay un argumento supremo que puedo presentar en pro de lo que vengo diciendo: BOLÍVAR y SAN MARTÍN: su diferencia individual, la diferencia de sus luchas.

Bolívar, siendo un genio, necesitó quince años de cruel y desesperante guerra para libertar á Colombia, llevándose de esos quince años la mayor parte en Venezuela; San Martín, sin

ser un genio, con dos batallas libertó toda la parte austral del Continente!

Bolívar lo tuvo que crear todo; San Martín no hizo sino conducir victoriosamente un pensamiento que florecía en aquellos Países!

La libertad de Colombia fue obra de Bolívar; la libertad del continente austral, obra nacional.

En el Sur la libertad se comprendía y se quería: en el Norte no se comprendía y mal podía quererse.

De aquí que la obra dirigida por San Martín perdura reposadamente y lleva bandera gerárquica en el estrado de la felicidad; mientras que la obra creada por Bolívar, como ciega en el abismo, se despedaza rabiosa y tiende á su completa destrucción.

En verdad que aquellos países australes tuvieron sus rebeliones y sacudidas; pero, como en todo pueblo naciente, ellas fueron obra de la moda, de aspiraciones personales del momento, que bien pronto fueron ahogadas por la opinión nacional y encauzadas por la trayectoria

seguida por la totalidad consciente. Es decir: que en esos países estaba predominando en la gran masa, por un proceso de educación, la idea del orden, idea que triunfó sobre las aspiraciones aisladas; mientras que entre venezolanos, estas aspiraciones hacen mayoría, y como esa mayoría es completamente ineducada y carece en absoluto de criterio, con una tendencia hereditaria al desorden, estamos en esta diaria anarquía en que nos aniquilamos.

Bolívar agotó el dominio español en Colombia; pero se encontró con un pueblo inhábil para el orden, y creó los despotismos personales. San Martín, nó: él no fue sino el conductor de una aspiración popular, aspiración que está hoy coronada por el éxito.

Y no se diga que, en esos países del Sur, la inmigración ha obrado el milagro por sí sola, aunque como bien lo sé, ella es el factor humano más significativo en el progreso de los pueblos y el único remedio para sus raquitismos, pues que trae la emulación y el equilibrio entre los intereses nacionales y extranjeros,

fomenta la expansión de sus facultades, á la vez que vigoriza la raza con nueva sangre y nueva suma de pensamientos que embellecen el espíritu; es una especie de suero de regeneración, que llevado á las arterias de los organismos sociales, los lava y los depura. No se diga eso, porque la inmigración no arraiga sino donde tiene campo. Se necesita que el pueblo que la reciba esté apto para ello. Ella es planta que necesita desvelos y cuidados como cualquiera otra.

Para que ella se fije, se condense y eche cepas, es urgente que el pueblo en donde va á hermanarse tenga la superioridad de ese conocimiento.

Aquí, pues, la razón de porqué en aquellos países ella ha dado tan sorprendentes resultados, á tiempo que entre nosotros se ha mirado como planta extraña.

Allá la quisieron y fue; aquí no se comprende y por ello mal puede quererse ni venir. No vendrá mientras una prédica edificante no levante en las masas esa aspiración.

Y aquí vuelvo sobre la premisa que senté al principio de este capítulo: ¡sólo los pueblos fundan!

En Venezuela ha habido Gobiernos que han tratado de traer inmigración; pero, aislados en su empeño, sus esfuerzos han resultado soberanamente ridículos. El País se ha reído, y los conatos de proyectos de inmigración han muerto.

Y hay quien diga que aquí se pueden hacer reformas; aquí, en un país estacionario por inclinación, amante de la rutina, enemigo de lo nuevo por desgraciados atavismos.

Aquí se dice, por ejemplo, y se cree por muchos, y se hace mucha bulla, y se echan al aire las campanas cuando así se proclama, que Páez *fundó* el Poder Civil; y yo pregunto:

¿Habrá habido alguna vez Poder Civil en Venezuela?

Se dice que Falcón *fundó* la Federación, y se vive en el más odioso y cruel de los centralismos.

Se dice que Guzmán Blanco regeneró el

País y fundó la Instrucción pública; y el País se pudre en una descomposición social, idéntica á la de Roma en tiempo de sus Nerones, y la Instrucción pública es una mascarada!

Véase ahora si en Méjico y las Repúblicas del Plata tienen orden, progreso, instituciones firmes é instrucción popular.

¡Contéste la conciencia universal!

Y si se quiere más; si se me pide fijar más completamente los ejemplos en apoyo de este discurso, voy á fijarme en dos Estados de dos países que se parecen como dos gotas de agua, porque están constituidos de idéntica manera en el orden antropológico: España y Venezuela.

Estas dos naciones tienen en su seno dos Estados que poseen diferencias absolutas con la totalidad de las naciones madres; dos Estados que se han conservado como aislados en medio del desorden, á causa de tener en su seno mayor identidad de raza, esa mayor categoría étnica de que vengo hablando: en España, Barcelona; en Venezuela, Maracaibo.

El que va á Barcelona de España no necesita ser un observador para ver que esa provincia está divorciada con su nacionalidad.

Allí se trabaja, allí hay riqueza; los chulos no son su tipo, la independencia individual es un hecho á pesar de la monarquía; y su progreso y su grandeza podrían sentarse con orgullo más allá de los Pirineos y en las mismas riberas del Támesis!

¡Y esto no es así como se quiera! Esto es obra del carácter especial de sus hijos, adquirido por la conservación de un tipo étnico determinado y bien seleccionado.

¡Escudríñese la historia y verase claramente cómo esto es una verdad incontestable!

Así mismo el que visite á Maracaibo, podrá ver cómo este es un Estado que lleva en Venezuela rumbos bien diversos de los otros.

Maracaibo es la primera plaza comercial de la República, después de Caracas; sus industrias son suyas, no se las debe á ningún Gobierno; el Banco es suyo; sus empresas, de sus hijos; su Teatro es propio; allí el cumpli-

miento de las leyes edifica; la instrucción popular no es un mito; sus hijos no van á la Guerra sino amarrados; y si hay ocasiones en que se contagia del mál general, sus disturbios no pasan de zalagardas sin méritos, que se aniquilan aisladas porque la opinión general las condena. Allí hay prensa, allí hay propiedad; el petardo no existe y el Trabajo es un dios!

¿Y por qué este milagro de orden en el seno de nuestra anarquía?

¡Estúdiese la formación de ese pueblo, su proceso evolutivo, y se verá la clase de selección que allí existe!

Allí los ciudadanos saben pedir y el Gobierno sabe atenderlos; y cuando por una de tántas aberraciones nacionales les toca un Gobierno odioso, se ve en aquel Estado la entereza civil manifestada de continuo, en la prensa, en el comercio, en la sociedad, en la ciudadanía, como un clamor y una protesta, hasta que el Magistrado pliega ó claudica.

En los demás Estados las cosas pasan de

otro modo: ó bien los ciudadanos se dejan atropellar en sus derechos, en el más abyecto de los mutismos, ó si piden lo hacen de modo ineficaz, por falta de cultura, y el Gobierno les responde con una cuartelada.

¡Y ahí la guerra!

Ni los ciudadanos saben imponerse civilmente, ni los Gobiernos saben acatarlos.

Y la culpa, de todos.

Los Gobiernos, como tántas veces se ha dicho, son producto del pueblo: ellos son según el pueblo de donde salen: un pueblo culto tendrá gobiernos cultos; uno sabio, los tendrá sabios; un pueblo violento, irreflexivo, ineducado, tendrá gobiernos que lo tiranicen.

No puede un Gobierno ser tirano, si sabe que su responsabilidad es real y efectiva; si sabe que está gobernando un pueblo que conoce sus deberes y sabe defender sus derechos, porque ha sido educado suficientemente en todas y cada una de sus clases; si sabe que no será perdonado por la ira nacional; si sabe que los hombres que pasan por debajo de sus bal-

cones no son un rebaño, sino entes capaces de pedirle cuenta de sus hechos; si sabe, en fin, que no hay núcleos indiferentes á la suerte nacional, que cruzados de brazos lo dejen hacer, ni núcleos abyectos que lo sigan, sino que el todo es uno, uniformado y compacto, en el exclusivo pensamiento de mantener brillante y limpia la honra nacional.

En un País educado para la vida civil es imposible que se consoliden los tiranos; pues los partidos políticos saben, en un País así, que el hombre que han llevado al Poder no es un personaje sobrenatural, que por el hecho de ejercerlo, se ha despojado de su carnadura de ciudadano para convertirse en ídolo, sino que ese personaje es simplemente el representante de una Causa, el custodio de la Ley, á quien pueden hacer abdicar el día que dé motivos para ello.

Hubo en una Nación Americana un Presidente que intentó coronarse. Cuando más metido estaba en sus planes, el Jefe de las Armas de la Capital tocó á las puertas de su morada, y con serenidad y firmeza dignas de un

romano, le dijo: «*En nombre de la Ley, dése Ud. preso*».

¡Y cayó el Tirano sin que se picara una vena en el País!

¿Fué traidor ese militar?

Entre nosotros, en donde la Ley es el hombre que elevamos al Poder; en donde se aprecia que desacatar á ese hombre es cometer un crimen de lesa Patria, porque ese hombre está por encima de todo; y en donde la lealtad es sinónima de servidumbre, puesto que no se estima lealtad la que se tiene por la Ley sino por una persona, aquel militar sería un traidor ignominioso.

En esa República, en donde la lealtad es cosa muy distinta, puesto que significa para todos los ciudadanos el cumplimiento de la Ley con prescindencia de las personas, aquel militar fue el *salvador de la Patria!*

¡Diferencias de educación!

Un Magistrado que rompe la Ley está fuera de ella: todos los ciudadanos tienen derecho para amarrarlo.

Un hombre cuando sube á la Magistratura no tiene más amistad ni parentesco que con la Constitución y con su Causa. Cuando trate de ponerlas á un lado para miras personales ó para satisfacción de áulicas, la Nación debe sublevarse.

Los ciudadanos deben aprender, que el hombre que llevan al Poder es para que los ampare y garantice á todos por igual, no es para que los extorsione ni para que sacrifique á unos en beneficio de otros.

El hecho de que todos no hayan sido sus partidarios, no da derecho de venganzas sino deber de respeto al fuero interno. Cada uno piensa como quiera, y mientras ese pensante se comporte legalmente, debe respetarse por todos.

¿Que el Magistrado hará siempre uso de la fuerza acantonada en los cuarteles, porque él la paga, y porque el soldado no delibera?

Pues enséñese á esos hombres que componen esos cuarteles, que quien los paga es la Nación, y que ellos son, como hombres, parte

de esa Nación, y como sodados, su custodia; que desde que un Magistrado rompe la Ley, deshonra su Nación y los deshonra á ellos mismos, del modo más sangriento, pretendiendo hacerlos sus propios verdugos y los verdugos de sus padres, de sus hijos, de sus compatriotas y de sus intereses! Que el precepto de no deliberar se entiende en asuntos de armas y cuando el Magistrado los ordena en actos legales ó de honor nacional; pero que cuando ese Magistrado quiere hacerles degollar la Ley, pueden deliberar perfectamente, y cumplirán su deber volteando contra él las bocas de sus fusiles.

Si en Venezuela hubiese masas educadas, las cosas públicas serían muy diversas: se escogerían los factores gubernamentales.

La falta de cultura de este pueblo y su vivísima imaginación tropical, han hecho que ese pueblo no estudie sus hombres ni los tome bajo beneficio de inventario. De aquí resulta que basta que de en medio del caos en que se vive y aprovechando oportunidades, salte un

aventurero prometiendo lo que no ha de cumplir, para fascinarlo, y que todos lo sigan, enloquecidos, lo aclamen, lo colmen de títulos orientales indignos de una República democrática, y lo emborrachen con el humo de una adulación eunuca y cínica, que ha hecho, por desgracia, escuela, y que nos hace aparecer constantemente de rodillas.

Cada embaucador es un lobo con piel de cordero, que después de pasar por todas las peripecias de aquella ciega adoración, hay que volver á tumbar para sustituirlo por otro igual ó peor.

Y hé aquí que nuestra vida nacional ha sido un continuo y bochornoso sainete, en que los hombres cambian de decoración de momento á momento, y en que las reformas políticas, que entre nosotros á nada conducen ni ningún bien nos hacen, puesto que lo que necesitamos son reformas económicas, cambian con la misma rapidez que los hombres.

En Venezuela todos los años hay que hacer una Constitución y una Geografía, *cuando lo*

que debería estudiarse es un método para que los Magistrados cuiden los caudales públicos, no monopolicen las pocas industrias que existen, les dé vergüenza algún día consigo mismos y devuelvan al pueblo en pan lo que le quitan en dinero.

Venezuela no necesita reformas políticas sino económicas.

Á un hambriento, á un haraposo, no se le calma el hambre ni se le cubre su desnudez, con discursos ni con cambio de posiciones, sino con pan y telas.

Pero en Venezuela nada de esto se procura ni se entiende, porque no ha habido hábitos de Paz ni de Trabajo, sino de revueltas, con las cuales, más ó menos, unas han llenado los estómagos aunque á costa de todos.

Nuestra escuela fue y ha sido la de la guerra.

* Pueblo ignorante, sin amaestramiento alguno para la vida civil, era el nuéstro en tiem-

---

* Estos párrafos que siguen fueron publicados hace 6 años en *El Cronista*, de Valencia.

po de la Colonia. Los hombres que nos rigieron por el mandato español, establecieron escuela de crueldad y de violencia política. La paz nos la daban entre grillos y cadenas; y el Trabajo, antes que estímulo humano, que es como ejerce su misión redentora, era su burla más sangrienta, tenido como estaba para obligación de siervos solamente. Su medio era el oscurantismo como estado social, y sus procedimientos el acogotamiento y la apioladura, porque no venían aquellos gobernadores, ni siquiera de lo bueno de las medianas cepas castellanas, sino del bojote anónimo que amamanta el vicio y da cuerpo la holgazanería y la pereza, y que á diario desfilaba por los pórticos palaciegos ofreciendo oro en cambio de un puésto en ultramar; y así fue cómo se desataron, codiciosos de rapiña, á estrangular la población de esta esclava y triste tierra, que según el sentir de la época, estaba compuesta de viles, exentos de alma y de razón.

El grito de independencia nos sorprendió así, por lo que esa larguísima contienda fue

más entre nosotros mismos que entre americanos y españoles. Las huestes de Monteverde, Boves, Morales, y las mismas de Latorre, así lo comprueban. De otro modo éllas hubieran figurado en la causa independiente, y la santa guerra, menos tardía en su triunfo, hubiera sido también más sólida en sus resultados.

De donde vino que los factores de nuestra libertad, surgidos todos de semejante cuna, discurrieran, al cabo, que peleaban por sustituir la tiranía que los aherrojaba, por la suya á título de más fuertes; resultado palpable á que se llegó al terminarse la campaña.

Las pocas inteligencias que figuraron como soles en las cumbres de esa dirección, guiadas honradamente por la noble idea de fundar nuestra libertad nacional, vencieron un bando, pero no vencieron al suyo que, en fin de fines, representaba el medio. Ellas lo hicieron todo con la guerra, y cuando fueron á detenerla para echar los fundamentos de su obra en terreno de civilización, alzóse la guerra de entre éllas y las devoró en su seno.

Unas en el destierro, otras en la emboscada, todas desaperecieron las que fueron fuertes!

¡La suerte de Bolívar es la más gráfica demostración de esta premisa!

Las inteligencias pequeñas, las de segundo orden, incapaces moralmente para imponerse por el bién ó para separarse del desbarajuste que se iniciaba, por la misma incapacidad de la medianía, se acomodaron á las circunstancias, vituperaron, oscurecieron y olvidaron, junto con los cabecillas que se habían levantado en rebelión sacrílega, la intención de sus conductores, y apegados á las puntas de los distintos sables, murieron en la abyecta deserción en que vivieron, sin dejarnos nada, á menos que se tome por algo la enseñanza demagógica vertida en sus discursos y en los números de sus Programas de Gobierno, nunca satisfechos ni cumplidos, amén de la adulación ciega que ejercieron para halagar á sus jefes, más por la satisfacción de sus vicios que por el ejercicio de sus virtudes.

No se puede decir que este estado de cosas fuera producto de egoísmo ó de ingratitud por parte de los alzados, que nadie es responsable del defecto con que nazca.

De aquí que nuestros hombres, cerebros embrutecidos los unos, sólo meritorios por la fuerza; cerebros débiles los otros, sólo prominentes por su debilidad pérfida, por la fuerza dominables y dominados, y dominadores luégo por el filtro de la lisonja en que envolvían á sus capataces, no supieron ni pudieron torcer el rumbo de los acontecimientos.

Necesitábase de Paz para asegurar el establecimiento de la República, y éllos la habían aprendido á odiar recibiéndola como manjar de esclavos, condición de que habían salido únicamente por la Guerra.

¡Y amaron la Guerra por sistema!

Necesitábase de trabajo para la reconstrucción y enriquecimiento del País, y éllos lo habían aprendido á despreciar, en sus noches de siervos, por el látigo y el vejamen del caporal abocado sobre éllos siempre; y yá libres

por el sacrificio de su sangre, quisieron ser señores á su vez.

¡Y amaron la molicie!

¡Y se hizo una República de guapos, de embusteros y de vagos!

¡De guapos, que todo querían procurárselo con el pecho de un caballo ó con el filo de una lanza!

¡De embusteros, que forjaban promesas deslumbradoras hechas para halagar, mas nó para realizarlas!

¡De vagos, que les parecía mejor el oreo de la resolana en las poblaciones, que el quemante fuego del sol en la inclemencia de los campos; y porque teniendo título de *libertadores*, en seguimiento del curso genésico de la costumbre inculcada, creyeron más digno vivir de la intriga política y del merodeo palaciego, que encorvarse en los talleres del Trabajo!

¡De manera que la obra de Bolívar, en vez de ser de libertad, resultó de anarquía!

Nos sacó del abismo de la esclavitud, y nos arrojó al abismo de nuestra propia matanza.

Cuando la guerra con el español hubo terminado, que era la única razón de existencia de aquél grande hombre, superior á su tiempo y á sus conciudadanos, se vió que su talla estaba por demás, que era un estorbo entre tánta pequeñez, y cayó victimado por su propia labor, como el coloso que se derrumba por falta de equilibrio que lo sujete.

Su caída, por inevitable, fue una necesidad.

¡El águila no incuba sino en las cimas en donde se duerme el sol!

¡Finiquitada la hermosísima epopeya, no quedaron en el teatro sino los despojos, y sobrevivir habría sido romper sus alas y confundirse en la ignominia que á todos nivelaba!

Hemos arado en el mar — exclamó cuando el destino lo hirió en la frente!

¡Y murió dolorido por el torturante legado que dejaba!

Su muerte precipitó la desventura de estos países; é ineptos para el mejoramiento, porque no tienen elementos para hacerlo, han vivido así en cien años de guerra!.

Esto que acabo de apuntar extrema la prueba de que un hombre por sí solo no puede innovar; sin que encuentre pueblo dispuesto y capaz.

El personalismo no va á ninguna parte, es apenas una modalidad de la abyección. Necesita apoyarse en bayonetas, y éstas al fin caen rotas por el escudo de la opinión pública.

Los fetiches desaparecen al primer vaivén, y sus adoradores se riegan buscando cada uno en donde acomodarse por su cuenta, cuántos en contra de cuántos, y casi siempre con otros fetichismos reaccionarios contra éllos mismos.

Sólo el pueblo funda; pero cuando está culto y es sensato.

Ignorancia es vileza de alma, y sobre viles no se edifica.

En Venezuela se quiere que un hombre sin escuela salga á ser buen administrador, gran político.

Ese pobre ciudadano soliviantado por la posición que le ha dado el corte de su sable, inexperto, inculto, ignorante, innoble, cae en seguidas en brazos de una pandilla

de bribones, que aquí en Venezuela ha dado en la flor de creerse única en la dirección de la cosa pública, y que no hace ni ha hecho sino lograr medros personales. En tales circunstancias, juguete de ella, el señor General empieza á verse desamparado del gran núcleo, que por otra parte se conserva neutral, en fuerza de la misma ignorancia de sus deberes, y que por ello mismo es gran pecador, puesto que nadie tiene derecho para ser indiferente ante la suerte de la Patria; y paso á poco desamparado hasta de los suyos cuando yá no puede darles más, empieza á darse humos de que lo hace todo, de que lo sabe todo y que de nadie necesita, y hé aquí al País en otra guerra para tumbarlo, encabezado por alguien de la misma laya.

Círculo de hierro ése, en que se agita nuestra joven nacionalidad; círculo que no se romperá sino haciendo ciudadanos.

Para ello, escuela de Paz, que atempere los espíritus; ejemplo de Trabajo, que enseñe que él es el generador de la riqueza y del honor.

Para ir allá, el camino más corto sería que las clases dirigentes convirtiesen sus esfuerzos á ese único fin:

El sacerdote desde el púlpito, con la autoridad que su ministerio ejerce en las conciencias.

El maestro de escuela, sembrando el cerebro de los niños para la buena semilla.

Los padres en el hogar, en el consejo diario.

El médico en su silenciosa y meritoria labor de abnegación y caridad.

El abogado vertiendo enseñanzas, como que él es el sacerdote del Derecho.

El periodista en su altísima tribuna.

Y el literato en la enseñanza deleitable de sus obras, por medio de una literatura intencionada y fuerte, propia del escenario donde se produce.

MAGISTRADO

MAGISTRADO

EL Magistrado es el guardián de la Ley: como tál á él le toca, antes que á otro, respetarla y hacerla cumplir, valiéndose para éllo de la autoridad con que lo han ungido y del apoyo que están obligados á darle todos los buenos ciudadanos.

Es el representante de la entidad moral que se llama NACIÓN: por tanto él es el centinela de sus fueros, de su respetabilidad, de su independencia.

Es el padre del pueblo: de consiguiente suyo es el deber de atenderlo, oírlo y procu-

rarle con su apoyo la realización de sus aspiraciones.

Magistrado que viola la Ley se convierte en reo: todos los ciudadanos están, desde ese momento, en el imprescindible deber de negarle su apoyo.

Magistrado que compromete la Nación, es traidor que debe caer herido por la justicia popular.

Magistrado que desoye la voz del pueblo, es un déspota contra el cual deben alzarse todas las voluntades.

La doctrina que enseña despreciar las multitudes es doctrina pérfida, porque lleva en sí el más sangriento de todos los defectos humanos: la ingratitud.

De las multitudes se sale y á éllas se vuelve tarde ó temprano. Ellas amamantan y sobre éllas se elevan las personalidades. Los que las niegan no saben que van sobre sus hombros; los que las desprecian no saben que éllas son el eco de la Gloria.

Todas las grandes transformaciones huma-

nas, así en países republicanos como en países imperiales, son obra de esas multitudes. Los que se les han opuesto han caído heridos de muerte, como alaridos de impotencia resonando en los desiertos.

Por tanto, el lazarillo de los Magistrados ha de ser la opinión pública. Los que se apartan de élla son ciegos que van á romperse la frente con el primer escollo.

La opinión pública es siempre espontánea: brota como el raudal de la montaña.

Los hombres de un pueblo la vierten unánimemente, porque élla no es, nunca, sino el esfuerzo de la comunidad en pró de su propia conservación.

Cuando el Magistrado se olvida de la opinión pública, élla se reserva y aquél queda en el vacío, víctima de la indiferencia general, que es el asedio con que los pueblos castigan á los que los desprecian.

Cada uno de los de la multitud representa un interés.

Respetar, favorecer esos intereses, es el de-

ber de los Magistrados, porque todos esos intereses juntos representan los permanentes y generales del País.

La política es arma de bien, arte de conciliación: pecho donde se nutren los intereses particulares, cuya unión son los públicos.

Magistrado que no sepa eso, romperá con éllos y hará una Magistratura bochornosa y desgraciada.

Por éllo, cuando una minoría rebelde al bién intenta contra los intereses generales, la mayoría debe robustecer con su poder al Magistrado para que la dome y la encauce.

Pero cuando es el Magistrado quien ataca esos intereses, el pueblo debe abandonarlo y destituirlo.

La política se compone de intereses: en éllos tienen origen los partidos. Las agrupaciones ciudadanas se compactan al rededor de una doctrina, porque creen que implantada en el Gobierno los favorezca mejor que otras, y mejor que otras engrandezca á la Nación.

De aqui que el Magistrado surgido del seno de

esas agrupaciones, siempre de la más potente, favorezca naturalmente el credo de los suyos.

Esto no quiere decir que ha de oprimir las creencias de las otras agrupaciones: nó, debe darles franquicias, todas las que el pacto fundamental consagra, mientras su desenvolvimiento no sea atentatorio.

El comportamiento de la doctrina hecha gobierno, así se corone de triunfos ó se haga incapaz para la prosperidad nacional, ya en su desenvolvimiento interno como en sus relaciones exteriores, trae su perpetuidad en el mando ó su desprestigio, para que la otra contendora surja á su vez, robustecida por mayor suma de opinión.

Esa es la evolución natural, consciente, civilizada, de todos los partidos políticos.

El eclecticismo es una utopía. Quien pretenda satisfacer, contentar, en una misma balanza distintos credos, opuestos intereses, creencias encontradas, aspiraciones diversas, al cabo no queda bien con ninguno y se hará detestable á todos.

No pueden á un mismo tiempo, bajo un mismo régimen, desenvolverse dos doctrinas opuestas. Sus acciones necesitan campo único, acción libre enteramente. De otro modo la obra de la una truncaría la obra de la otra. Se angustiarían cada una en su marcha. Una disposición emanada de un Magistrado, aplastaría la del opuesto, y al fin esta incertidumbre, este choque diario y continuo, traería como consecuencia el rompimiento.

El predominio es el fin de toda lucha. Quien se oponga rodará vencido.

Lo mismo que en política, acontece en religión, en ciencias, en literatura, etc. etc.

En religión hay que apegarse á uno, de lo contrario no se és de nadie.

En ciencias hay que seguir un rumbo fijo, de resto no se pasará de ser un amalgamista vulgar.

Quien en literatura pretenda adoptar distintos estilos, no tendrá nunca fisonomía propia, no tendrá originalidad, que es lo que da el renombre.

De aquí el aforismo: *quien no va con los suyos se suicida.*

Magistrados de mi Patria:

En estas cortas líneas está todo un programa de Gobierno.

Casi puedo decir que toda la ciencia de gobernar.

Ahí está expuesto como procedimiento:

El sufragio libre.

La asociación libre.

El pensamiento libre.

La libertad individual.

La libertad colectiva.

Libertad de trabajo.

Respeto, en fin, para todo y para todos, mientras el orden presida los actos de la colectividad.

Respetad, acatad esos cánones. Así seréis Magistrados y no mayordomos! Así haréis la felicidad del pueblo!



No quiero cerrar estas líneas, sin apuntar

una cuestión que es de la competencia única de los Magistrados y que se verá desenvuelta más ampliamente en en mi obra «Cuestión Social», cuya publicación seguirá á ésta.

Hablo de la Hacienda Nacional.

Cima ó abismo, eso es élla según como se maneje.

Prosperidad ó ruina, eso significa según como se invierta.

Tan amplia es en sus manifestaciones, que destrozada ó reivindicada, élla afecta todos los intereses esenciales de una Nación.

Y es tan sencilla, tan única en su manejo, que en la mano de un hombre caben todos sus resortes, y depende de la buena ó mala voluntad de ese hombre salvarla ó destruirla.

Esa unidad, esa sencillez, la hacen inmanejable para el pueblo, diverso como es él en sus antojos.

Ella necesita un solo criterio, una sola dirección, un solo impulso.

En las Naciones, su fundación depende de un hombre: del Magistrado.

Su aniquilamiento, del Magistrado también.

Es tan fácil, tan delicada para corromper, que cuando el pueblo se apercibe, yá está el hábito implantado. Y establecido el hábito, ¡ cuán difícil volver atrás !

Así mismo como cuando se establece el robo como sistema, en las cajas particulares, por los mismos dueños.

En Sur América la fundación de la Hacienda Nacional ha sido muy difícil. Háse necesitado de un gran esfuerzo, un supremo acto de voluntad, recto, inflexible.

Y lo raro, lo rarísimo, es que aquellos individuos que las han fundado son los mismos á quienes los pueblos han titulado sus tiranos.

En Chile, la fundó Balmaceda.

En la Argentina, Rosas.

En Méjico, Porfirio Díaz.

En Venezuela, Guzmán Blanco.

Aquellos países, cuya producción de hombres superiores no se estancó, reciben hoy sus beneficios, en un clamor público, que pregona su prosperidad.

En Venezuela duró lo que su fundador. Mientras Guzmán Blanco existió en el Gobierno hubo riqueza interna, crédito exterior, pan para el pueblo, industrias florecientes, respetabilidad en las relaciones con el Mundo.

Vinieron Rojas Paúl y Andueza Palacio, oficiales de hacienda de aquél eminente estadista, y si no la hicieron prosperar, la conservaron.

Pero vino Crespo, tan esclarecido político como mal administrador, y la hizo bambolear.

Con él, el País empezó á empobrecer.

Mal administrador hasta de sus intereses particulares, él minó la Hacienda Nacional por su base.

Entonces surgió Castro, hombre sin ningunas nociones de Gobierno, y le dió el golpe de gracia.

Él creyó que administrar se reducía á poner impuestos sobre impuestos, á monopolizar las industrias, á destruír las riquezas personales embargándolas, arrasándolas con la hoz de sus tropas; hacerse millonario él y hacer millonario

á cuatro ó cinco de sus Ministros, y que el País agonizara en el hambre, y viviera recibiendo diariamente, en el rostro, el salivado de sus acreedores.

Y levantó el pillaje como procedimiento.

Y el descaro como sistema.

Él hizo todo eso, y mucho más, ensoberbecido por sus sucesivos y ruidosos triunfos militares, y no sabía que estaba tocando con el pomo de su espada á las puertas del Protectorado.

Venezuela, pues, no tiene Hacienda; no la ha tenido sino corto tiempo, y se la han destruído.

Crearla es una necesidad urgentísima, apremiante, para su existencia.

Y es al Gobierno solamente á quien toca hacerlo.

FE DE ERRATAS

Son muchos los errores de puntuación, acentuación, y construcción deslizados en esta obra, debido á que por ausencia mía no pude corregir las pruebas.

Para los fines de la crítica hago constar, además: que aparece sin uniformidad el empleo del *yo* y del *nos*, pero que resolví, aunque es incorrecto, hablar en singular y en primera persona al referirme á mí mismo como autor y, como crítico y emplear el plural y envolverme en él, al hablar de mis compatriotas.

GERÓNIMO MALDONADO, H.


00039968482
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL